

SOFÍA CELI RAMOS

Estudia Comunicación con mención en Literatura, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Graduada en mención Guitarra en el Conservatorio Nacional de Música del Ecuador.

SILENCIO

Para David Salazar

Cada tanto no existe la realidad en sí (si es realmente el en sí una palabra: muchos alemanes hablan del xxx, pero nunca se ha visto algo que la represente). Cada tanto lo único que existe es la realidad creada: la que el humano ve a través de sus ojos (como cavernas) y que Platón, acertadamente, llamó mero “mundo de las sombras”. Platón habló también acertadamente del Demiurgo, pero, sí existe o no es una cuestión que se la dejaremos a Hamlet. Lo que nos cabe decir aquí es que la realidad creada (que no debe confundirse con la realidad en sí –entiéndase, entonces y por lo tanto, que ambas no son lo mismo- solo da vueltas en torno al trencito extremo al que los apócrifos llamaron tiempo. La realidad creada solo existe en el inefable devenir de la maldad de Dios. Se duerme y se sumerge en aquello que, para no nombrarlo realmente, se llamó muerte (aunque, en algunos casos, no es más que un sueño). Escapa por unos laberintos, solo para mostrarse como un camino más de la maldad de Dios: es la carretera turbulenta que nos lleva hacia la muerte. La vida es la vida que muere. La realidad creada no es más que el reloj en que se sienta Dios cuando olvida que no es inmortal (a veces Dios se piensa infinito). Es la amapola que nos mira desde la ventana esperando a que nos suicidemos. Pero, solo algunas veces (y tal vez), espera que vivamos.

Cuando se despertó sobre el frío suelo del invierno de los que tienen sed, pidió agua. Cuando se dio cuenta de que no había nadie a su alrededor, pidió ayuda. Pero cuando la ayuda le fue negada bajo la estricta mirada de cuatro paredes que solas lo oían (o tal vez y solo tal vez, en realidad, no había paredes), cesó de hablar (si es que, en realidad, existe el hablar). Y cesó también de pensar (de pensar en la forma del pobre pensamiento de los conductistas que piensan solamente con la vacuidad de las palabras), aunque no de soñar. Y un día, abrió los ojos y se supo a sí mismo como ser mortal. Supo que existía, pero no supo la realidad (nunca conoció el en sí) de su ser. Y vago solo en su pensamiento (la prisión más mortal jamás construida después de los desiertos) y no se topo con nadie. Supo del miedo que surge de la soledad y de la amarga saliva que suele recorrer la tristeza de la garganta. No supo más. Cayó en el sueño de los que no quieren recordar y espero, como aún lo hacen los monjes de Shamballa, a ser llamado (porque quién o porqué aún es una cuestión desconocida). Espero en tanto esperar es también morir. Y espero mirando de frente a la eternidad, sabiendo que es y será mirado.

Cuentan los sabios (pues no podían ser otros) que el principio de los principios solía llamarse prisión. Algunos también lo llaman comienzo. En la página 20 del evangelio apócrifo de Judas, se habla de un principio donde su en sí se desdoblaba a sí mismo en una perpetua no

temporalidad. Algunos llaman a esto Dios. Se dice, también, que fue algo (o alguien, dicen los más experimentados) el que introdujo una pequeña temporalidad caracterizada por la soledad (o el silencio, en algunos tratados). Lllaman a esto el “principio” de la realidad creada. Lo llaman también con una oscura palabra que ha perdido su significado. Algunos dicen que su raíz se pierde en las profundidades de la mente de Elohim, pero otros dicen que, en realidad, no existe la palabra. Los más refinados la han compendiado en la palabra “hombre”, aunque, usualmente, solo la nombran una vez. Y cuentan también que cuando el hombre abrió los ojos por segunda vez, fue cuando sucumbió a la maldad de Dios.

Cuando el hombre tendido en la prisión volvió a abrir los ojos, llamado por alguna inconsistencia del vacío (que siempre, según los orfistas, ha sido malo y siempre se lo reconoce por su silencio), no se vio solo. Una sombra lo asechaba por debajo de lo que él creía real (aunque era solo la realidad creada por Dios). Una sombra que se vino a llamar “muerte”. El primer hombre (llamado Adán por muchos, por otros simplemente “el hombre”), entonces, recuerda que la muerte lo miró (tenía en su mejilla la misma marca que Caín portaría un día). Lo miró y lo vio aún sin tener ojos. Lo miro y lo convirtió en lo más mortal que jamás ha existido (el hombre nunca fue temporal hasta el momento –sin tiempo- en que vio a la muerte a los ojos). Se recuerda de este suceso una frase: “en el principio estuvo la muerte y esta se hizo carne y habitó entre nosotros”. Y la muerte éramos todos nosotros al mismo tiempo. Y la muerte nos regaló, como regalo último, el silencio de la mortalidad: los ojos que no pueden hablar.